

Todo fue por el Destino

Berlín, 24 de agosto de 1939.

Una semana antes de estallar el conflicto entre naciones, en uno de los barrios más antiguos de Berlín se halla la casa de un simple maestro de literatura, un escritor, un poeta o tal vez todo eso al mismo tiempo, Abelard Bardrick una persona corriente, alguien culto, de cuarenta y tantos y con media vida por delante, que no ve más allá de lo que le deparará el futuro en una triste semana. Él estaba sentado bajo un chopo esperando la hora de impartir su asignatura, no sabía qué hacer de mientras, excepto pensar, pensaba en lo que se le pasaba por la cabeza, pensaba en sus hijos, pensaba en Eloise, su esposa, pensaba en que iba a enseñar aquel día, pensaba... De repente cae una hoja en su reloj de bolsillo, que sobresalía de su chaqueta, ese reloj de números romanos marcaba casi la hora punta, tenía que entrar, era casi la hora de su clase. Otro día recitando a Góngora en esa polvorienta clase, llena de poemas de escritores del pasado y algunos suyos, mucho interés, pero tal vez fingido, ve en los rostros de los niños, ganas de aprender lo que no se sabe, aunque no les sirva de nada con el futuro que les tocará vivir.

Berlín, 29 de agosto de 1939.

Entra en la taberna, la "Wohnsitz Rotwein" una de las tabernas más antiguas de la ciudad, el mostrador de nogal envejece como hoja al viento. Sobre la madera del mostrador, los vasos brillan como el manto nívico que recubrió Alemania en el pasado. En los frascos, esos frascos rotundo acierto de esbeltez, sencillez, y elegancia, tan decorativos y agradables, el vino tinto y el vino blanco con su colorido fuerte y bello, ilustran de pedrería esa especie de trono oriental que es en definitiva el mostrador de una taberna. En él, el tabernero rige su imperio, capitán de su Nautilus como hubiera dicho Julio Berner, cara al horizonte, atento a la maniobra, pendiente de los chicos que, en alto las bandejas repletas de vasos colmados, reparten vino a todos los azorados. Olor a sus raíces, su padre lo llevaba de pequeño, jugaba con el hijo del dueño de la taberna, Egmont que casualmente estaba allí, con él, su mejor amigo desde que lo conoció en esa sucia taberna, allí se sentía feliz, como en casa solo que con alguien con quien empinar el codo.

Berlín, 2 de septiembre de 1939.

Un día después de la invasión nazi de Polonia y de convertirse esta ciudad en la capital de la masacre, Abelard aún conmocionado por lo ocurrido, come en una mesa de madera, junto a su mujer y sus hijos, niños ya capacitados para pensar, para entender y para sentir. Su hijo, el mayor, era Lewis y su hija de tan solo ocho años, Liese. La comida era rica y apetitosa: ensalada de patata, estofado de carne, pescado con puré y brócoli, etc. De pronto la puerta retumba, alguien está llamando a ella. Eran dos personas Eloise se levantó para abrir, eran dos nazis, entraron sin permiso, derribaron a Eloise y fueron directamente a por él, a por Abelard, Lewis los intentó detener, pero acabó en el suelo junto a su madre. Se lo llevaban a rastras para formar parte de las filas nazis, sin poder negarse u opinar. Mientras que sus pies se arrastraban por el suelo y sus zapatos se llenaban de polvo sus ojos derramaban sentimientos que podría no volver a sentir jamás. Aquel salón con recuerdos de antaño, aquella cara de inocencia de sus hijos, el bello rostro de Eloise, quizás no volvería a ver nada de eso. Subido ya al camión escucha su voz, la voz de su hija: -Papá no te vayas por favor (*Palabras que nunca olvidará*).

París, 16 de enero de 1940.

Casi medio año sin ver a Elise, quizás pudo ser el destino, quizás todo por un simple error de un degenerado, Hitler, quizás... Su ciudad, su hogar, familia, amigos, todo ha terminado, no iba a volverlos a ver quizás, sucios recuerdos de antaño que rondaban en su cabeza como golondrinas en la de Bécquer. Se encuentra en un París plagado de nazis: tanques, dirigibles, masacres, eso es lo que ve. De repente cae una hoja sobre él y se acuerda, su reloj de bolsillo, lo único que le dio tiempo a coger, lo abrió y los vio, eran ellos, dentro del reloj guardaba una foto de ellos, Eloise, sus hijos. El entrenamiento no había sido muy bueno, pero debía volver, por sus hijos, por ella, Eloise. Los engranajes de su cabeza empezaron a funcionar, muchas maneras había de contactar con ella, pero solo una de mostrarle su amor.

Berlín, 19 de enero de 1940.

Aquel era un invierno extraño, era frágil y las calles que recorría estaban plagadas de recuerdos. Eloise pasaba cada semana, cada día, hora o minuto de ese invierno como si fuera una eternidad, sin él, su casa podía ser devastada por la guerra, sus amigos habían sido fusilados y ella podía ver ya de cerca las llamas del averno, pero lo único que le importaba era él. Ella sentada en una mecedora haciendo burla al tiempo esperando señales de vida. Un caballero de uniforme pasaba por allí y a ella se le acercó, la cogió de la mano y se la apretó, de repente desapareció entre la gente, miró su mano y en ella había una carta, una poesía, la abrió, era de él, de Abelard, y miró al frente, no era un cartero, era algo más, quizás el destino. Tras unos segundos con la mirada perdida empezó a leer:

No sé que día es hoy,
no sé si sigues viva
no sé si te volveré a ver alguna vez.
No lo sé, pero yo lo intentaré.

Pero que tú des por supuesto que quiero volver
que des por supuesto que te quiero ver
no te voy a dejar de querer
por ti, no sabes de lo que soy capaz de hacer.

La humanidad ha acabado
pero mi amor no ha naufragado
nunca lo habría deseado,
pero por ti, porque te he amado.

Estar allí
regresar a Berlín
estar junto a ti
y no volver a sufrir.

Lo intentaré,
porque te he amado.

Ella se conmovió, lloró y agonizó por lo que le estuviera pasando, y de repente pensó:

-Si él lo haría por mí, ¿por qué yo por él no? Este no es nuestro destino.

Corrió a la casa de su hermana Floy y con ella dejó a sus hijos, se despidió con llanto y les prometió que volvería con su padre, pero ella sabía que lo más probable es que los dos corrieran un mismo destino.

Berlín, 20 de enero de 1940.

Preparada para partir, echó una última mirada y entró en el ferrocarril con un viejo diario con bordes dorados, hojas desgastadas, y palabras deprimentes sobre ese nuevo mundo, en el que escribiría la historia de su vida. Entró en el vagón con vista al frente e intentando no derramar una sola lágrima, o mostrar sentimiento de melancolía. Se sentó en el único asiento libre, al lado de un señor mayor que había perdido la esperanza, como ella. Miraba al horizonte, buscando consuelo, intentando pasar inadvertido, pero era demasiado evidente. Eloise le preguntó, él hizo un gesto que demostraba tristeza y respondió:

-Por la tonta mano de la naturaleza perdí a mi amada, en aquella ciudad llena de sufrimiento de la que me marché para siempre.

Ella sorprendida, se quedó reflexiva, pensando como consolarlo, la respuesta era fácil de hallar pero a la vez difícil, aunque ella ya la sabía. Tartamudeó un poco, en ese instante empezó a prestarle atención y dijo suavemente:

-Las personas vienen y se van, pero el amor es para siempre.

Él le sonrió y alegremente le dio un consejo:

-Lo mío fue hace mucho tiempo pero lo tuyo aún se puede solucionar.

Lo miró, boquiabierto, perplejo, ¿cómo lo sabía? Esas cosas se notan y más, habiéndolas vivido. Ya tenía muchas páginas escritas pero ese hombre le dio para muchas más.

Luxemburgo, 8 de febrero de 1941.

Esa máquina a motor y ella dentro había recorrido un buen tramo a pesar de muchas complicaciones, medio camino, para ver a su amado. Ir al mismísimo París, en busca suya rellenar el diario en el que tenía ya mucho escrito, eran ellos contra el destino. Llegaban a la frontera francesa, cada vez estaba más cerca, derecha a su perdición, pero solo por él.

París, 26 de febrero de 1941.

Llegaba a París, la capital de los Aliados, en busca suya, de él, de Abelard, enfrentándose él solo al destino, sin nada que hacer, pero con ella le ganaría. Llega a la base nazi de París el único sitio en el que podía estar, la miran anonagados, no es muy corriente ver a una mujer por allí, pero ella estaba allí, desesperada en encontrarlo, lo único que encuentra es su habitación, su cama, junto a muchas camas, pero en ella él no se hallaba. Llegó su salvación, el coronel, alguien con el suficiente rango para saber dónde estaba él, desesperada por su salud, desesperada por verlo, desesperada por encontrarlo. El coronel le respondió a la pregunta del dónde estaba él:

Al frente de su escuadrón, él contra el mundo, en los Campos Elíseos. Fue corriendo a su reencuentro con él, pensando en las palabras del comandante:

-Él contra el mundo no, nosotros contra nuestro destino.

Cruzando París a pie, esfuerzos no en vano, solo para volver a verlo. Llega allí a los Campos Elíseos, lugar neutro, donde se libran batallas casi todos los días, donde se está librando una ahora mismo, donde no lo encuentra. Quizás solo fuera otro más, flotando en el agua o enterrado bajo la nieve, sus esperanzas se habían desvanecido, fue cuando lo vio, empuñando una ametralladora en una mano, un arma de destrucción, y cuando él la vio a ella, tan radiante como siempre gritó:

-Eloiseeeeeee.

Él se acercó a ella llorando casi y cuando se acercó lo suficiente como para acariciar su aliento le abrazó bien fuerte y le apretó la mano, justo entonces aprieta el gatillo y cae al suelo. Es en ese momento, cuando cae, y a ella solo se le ocurre decir:

-Noooooooooooo.

Con un llanto desconsolado y agarrándolo, manchándose de sangre, en un París aún más teñido de rojo. Es en ese momento cuando suelta el diario sin fuerzas, manchando sus páginas de rojo y se da cuenta de lo que ella misma le dijo a aquel anciano, “las personas vienen y se van, pero el amor es para siempre”.

París, 27 de febrero de 1441.

Abelard ingresa en un hospital de París, donde se pasa en coma más de medio año y ella junto a él, los dos contra el destino. Mientras el padre tiempo contemplaba como aquel hombre acababa cada vez más perdido y ella con el corazón cada vez más afligido, París se teñía de un rojo amargo. Él podía sentir lo que pasaba a su alrededor, la camilla, el diario y a ella, no quería correr un destino parecido al de Lorca, muerto a manos de los nazis, solo que él ya estaba muerto por dentro.

París, 3 de noviembre de 1441.

Una mirada perdida en el crepúsculo del día esperando lo menos evidente. Abelard despierta del coma, pero había una diferencia ya no sentía las pierna, pero no le importaba porque estaba con ella, habían ganado al destino. Cogen el ferrocarril y vuelven a Berlín

Berlín, 8 de diciembre de 1445.

Ya terminada la guerra y repatriados los cadáveres se les quiso dar un homenaje a los héroes caídos y a los que habían resistido, en memoria de él. El eje había perdido, y sus piernas se las había dejado por el camino pero a él le habría dado igual haberlo sabido por haber estado con ella.

Madrid, 8 de mayo de 2012.

El historiador Miguel Fernández encuentra el diario de Eloise, en uno de sus viajes a Alemania, que se hará público como novela en mayo de 2015.

Berlín, 14 de marzo de 2013.

En una de las plazas de aquella hermosa ciudad se halla una nueva estatua de bronce en la que se podía ver reflejado el mismísimo narciso, se recuerda su historia, que no solo ha sido como muchas otras, polvo en el largo camino de la historia.

Fco. Javier Gómez Valencia. 2º ESO